

Luis Felipe DÁVILA. *Reglas, Crimen y Orden: Un estudio sobre la seguridad en Medellín.* Bogotá: La Carreta Editores, 2018. 178 pp. ISBN: 978-958-56421-4-0.

El libro de Dávila desnuda la fragilidad de cualquier propuesta de ingeniería social en el área de la seguridad. Los enfoques de arriba hacia abajo empleados tanto en la explicación de resultados de interés –en este caso la reducción significativa de la tasa de homicidios en Medellín–, como en la prescripción de fórmulas orientadas a resolver los problemas de seguridad, fallan en la medida en que, como diría Hayek, incurren en la arrogancia fatal de pensar que la compleja y contingente realidad social puede ser moldeada por el diseño humano. Las políticas públicas importan. Sin embargo, son apenas factores adicionales que se entremezclan con las decisiones de múltiples agentes en contextos variables. Así las cosas, el orden social es un «ordenar-se».

La juiciosa revisión que hace Dávila de los enfoques que autores como Friedrich Hayek, Karl Polanyi, Norbert Elías, Douglass North y Chrysostomos Mantzavinos tienen del orden social reafirma la necesidad de reconocer el poder de la agencia en el nivel microsociedad. Como lo evidencia el trabajo empírico de Elinor Ostrom, las comunidades crean reglas para resolver problemas colectivos de manera más eficiente que una intervención del Estado o una solución de mercado. Dávila cita con frecuencia a Ulpiano para decir que no hay sociedad sin derecho. Durkheim lo señalaba, planteando que no es posible un grupo humano sin reglas. En efecto, lo local es un espacio denso de reglas formales e informales que producen «órdenes amalgamados». Esos órdenes son la pieza clave de la respuesta a la pregunta sobre las causas de la reducción significativa de los homicidios en Medellín. Esa categoría teórica que emerge inductivamente de la exploración del autor le permite escapar de la dicotomía que hay entre explicaciones «Estado-céntricas» y explicaciones «crimino-céntricas» de ese resultado de interés.

Dávila muestra una poderosa conexión entre condiciones sociales y violencia letal al identificar a los hombres jóvenes como las mayores víctimas de homicidio en la ciudad. Esto es compatible con las fuertes correlaciones que se pueden encontrar entre tasa de homicidios y tasa de desempleo juvenil. Eso no significa que la tasa de desempleo juvenil sea la causa de los homicidios, no obstante, deja entrever que esos órdenes amalgamados se configuran en contextos problemáticos de desarrollo. Por supuesto, una exploración sistemática de la relación entre órdenes amalgamados y contexto socioeconómico local sería tema de otra investigación. Dávila identifica hallazgos clave relacionados con la magnitud de las rentas ilegales en el territorio: si las rentas ilegales son elevadas, el ejercicio de la coerción ilegal es más acotado; si las rentas son bajas, la coerción ilegal es más amplia. Ese hallazgo sugiere la necesidad de indagar más acerca de la relación entre la economía política de la ilegalidad y los órdenes amalgamados.

En todo el trabajo de Dávila está presente la advertencia de Charles Tilly acerca de la naturaleza de la protección, en el sentido de que esta tiene dos aspectos que contrastan: por un lado, un aspecto reconfortante y, por el otro, uno siniestro. Así como la palabra *protección* evoca imágenes del refugio frente al peligro proporcionado por algún amigo poderoso, también insinúa la existencia de aquellas organizaciones dirigidas por

algún hombre fuerte que obliga a los comerciantes a pagarle tributo con el fin de evitar aquellos daños que ese mismo hombre puede causar.

De ese doble carácter de la protección se deriva un reto enorme para las políticas públicas en materia de seguridad: apoyarse en el «ordenar-se» de las comunidades, apoyarse en los mecanismos y respuestas informales y, al mismo tiempo, evitar que los promotores de esos mecanismos se blinden frente al control de la propia comunidad, consolidando así un orden altamente violento –aunque con menores niveles de violencia letal–.

El llamado «milagro Medellín» es frágil porque esos órdenes amalgamados que lo explican son espontáneos y, como tales, no son estáticos. El vicio privado se ha convertido, por ahora, en virtud colectiva. Los esfuerzos del criminal individual por mantener activo su negocio lo llevan a contribuir, sin percatarse de ello, a la contención de la violencia letal. Esa colección de órdenes amalgamados espontáneos que interactúan –esa catalaxia social– sigue evolucionando. En la medida en que el conocimiento está disperso en la sociedad, no sabemos la dirección de esa evolución. La investigación de Dávila es un poderoso llamado de atención sobre el riesgo que entrañan los discursos autocomplacientes en materia de seguridad.

Mauricio URIBE LÓPEZ
Universidad EAFIT